

El prestigio sajón

3-63

1

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 22 enero 1911).

EL PRESTIGIO SAJON

Salamanca, enero 1911.

P. A. y O.



Le molesta a usted, amigo mío, ese remotete conque algunos tratan ahí de menospreciarnos. Recuerde, sin embargo, que no ha faltado individuos y hasta pueblos que aceptando de buen grado motes con que se trataba de rebajarlos, han conseguido hacer de ellos algo más que títulos de honor: títulos de cariño.

Me habla usted luego del prestigio sajón y aquí si que conviene hagamos alto y hablemos claro.

De cuando en cuando sale alguno de esos llamados sociólogos proclamando la superioridad de los llamados sajones sobre los llamados latinos, como antaño hizo aquel imponderable Desmolins. (No olvide usted que es imponderable lo que no tiene peso). Y luego sale otro sociólogo, tan sociólogo como él, proclamando la superioridad de los llamados latinos sobre los llamados sajones. Y tanto de la una como de la otra parte son siempre los mismos ya arcaicos lugares comunes.

Pero ese prestigio popular sajón de que usted me habla no es sino el prestigio ~~financiero~~ del dinero. Esos a que usted se refiere estiman superior al sajón porque le ven más rico, porque es quien lleva el capital y no los brazos. El español, el italiano y otros pueblos mandan sus hijos a trabajar, a hacer producir capitales ajenos y el sajón manda capitales a que aquéllos los hagan productivos. "Errgo", el sajón es superior.

Usted sabe, amigo mío, lo que ocurrió en nuestra común y nativa tierra vasca. Hay allí minas, en poder o de extranjeros o de hijos del país la mayoría de ellas; pobres campesinos castella-

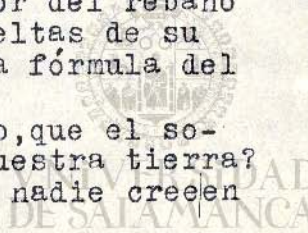
nos, aragoneses y gallegos acudieron a hacerlas fructificar, y éstos, los obreros, fueron los cuáqueros. Porque usted sabe que cuáquero quiere decir ante todo pobre, y que el ser pobre es el mayor delito cometible.

Usted, amigo mío, que ha sido y creo siga siendo socialista, conoce muy bien lo que se llama la concepción ~~materia~~ materialista de la historia, aquella doctrina según la cual el fenómeno económico es el fundamento y base de los fenómenos todos sociales, que de aquél se desarrollan. Yo, si he de decirle la verdad, no estoy muy convencido de la tal doctrina, que me parece en exceso parcial. Creo, por ejemplo, que el fenómeno religioso, en una u otra forma, es tan fundamental como el económico, que el ansia de afirmar la propia personalidad espiritual es cosa tan de raíz como el instinto de conservar la vida y de propagar la especie. Mas es indudable que hay en el hombre dos períodos de vida, la niñez y la ancianidad, en que el instinto de conservación de la vida se sobrepone a todo.

Los niños y los viejos son egoístas, suele decirse. Los niños y los viejos son materialistas, digo yo. Y son codiciosos. Y esto se aplica a los pueblos lo mismo que a los individuos. Los pueblos niños son, como los pueblos viejos, materialistas. Quiero decir que para ellos la cuestión principal es la del dinero.

Porque no llamo aquí, amigo mío, materialismo a la doctrina filosófica que afirma no existir sino materia y movimiento. Los filósofos materialistas, cuando no son unos toscos sectarios, empiezan por asentar su ignorancia de lo que sea en sí la materia. La materia es para ellos un concepto lo mismo que el espíritu para el espiritualista no sectario. Llamo aquí materialismo a otra cosa. Así Guizot, aquel calvinista que fué un tiempo el pastor del rebaño burgués en Francia, pronunció, a vueltas de su espiritualismo sectario, la suprema fórmula del materialismo: ¡Enriqueceos!

¿Y por qué cree usted, amigo mío, que el socialismo medra tan poco en esta nuestra tierra? Pues por la sencilla razón de que nadie creen



él, empezando por los socialistas mismos. Estos aspiran a burgueses.

Casi todo el mundo está convencido entre nosotros, sin haber leído el Evangelio, de aquellas palabras de Jesús: siempre habrá pobres entre vosotros. Es decir: siempre habrá ricos entre nosotros. El hecho de que haya ricos y pobres les parece una cosa tan dentro del incoercible régimen del mundo como un proceso cualquiera astronómico o geológico, como un eclipse o un terremoto. Las gentes de nuestros campos, sobre todo, no creen en la posibilidad de un cambio de régimen social y menos en la desaparición de la propiedad privada del suelo. Si desean una revolución y la esperan, es una revolución que dé vuelta a la tortilla, como vulgarmente se dice, que haga a los pobres ricos pero haciendo a los ricos pobres.

El otro día uno de mis hijos, de cinco años, decía, refiriéndose a una maestra de párvulos que le había castigado por no sé qué travesura: "Cuando sea grande y ella chica, yo le castigaré a ella". Y así, como



este inocente pequeñuelo mío, piensa nuestro inocente pueblo.

Y es que el pobre pueblo trabajador se ve menospreciado y vilipendiado precisamente porque trabaja. Fíjese usted y verá que esos desgraciados que les aplican á ustedes ese remotete que tanto le molesta, se lo aplican más á aquéllos que más trabajan. Existe el odio al pobre, sobre todo cuando es trabajador. «Ha venido á matar el hambre», se dice, sin advertir que ha ido á matar el hambre de los demás.

El sajón, es decir el rico, da de comer á los que hacen fructificar su capital. Así se dice, sin advertir si no son estos otros los que le dan á él no ya de comer sino hasta de hartarse y de gozar desmedidamente.

«¿Y usted, cuánto gana?» He aquí una pregunta que ha llegado á dirigirme alguna vez algún bárbaro grosero, que nunca faltan. O bien esta otra, equivalente á ella: «¿y á usted, cuánto le dan por cada uno de estos artículos?» Hay países en que la frase de «¿cuánto vale?», refiriéndose á una persona, quiere decir cuanta renta tiene. «¿Qué puede decir un hombre que no tiene una peseta...?»—exclamaba una vez desdenosamente, cierto burro de oro, delante de quien elabaron los dichos ingeniosos de un pobre diablo.

La consideración al rico nada más que por ser rico, es uno de los estigmas más infamantes de ciertas sociedades. Sociedades que merecen el azote del anarquismo dinamitero en sus formas más delirantes y más energúmicas.

Ya sabe usted, amigo mío y paisano, lo que aquí en España significa, en sentido metafórico, inglés. Inglés quiere decir acreedor; estar lleno de ingleses es estar lleno de acreedores. Afortunadamente para ellos y para el mundo todo, los ingleses de verdad, los ingleses de Inglaterra, son muy otra cosa que lo supuesto por esa leyenda popular. Afortunadamente para ellos y para el mundo todo, los ingleses de verdad, los ingleses de Inglaterra, constituyen uno de los pueblos más profundamente espiritualistas, tal vez el que más, uno de los pueblos menos metalizados, digase lo que se quiera. Afortunadamente para ellos y para el mundo todo, entre los ingleses de Inglaterra hay muchos, muchísimos pobres, que no pueden soportar la tiranía del capitalismo, y esto permite obras como la nobilísima que está llevando adelante Lloyd George.

Pero de Inglaterra emigran pocos pobres, es decir, pocos meros brazos, no siendo irlandeses y éstos van á la América del Norte. Ahí, á esa tierra en que usted vive, amigo mío, mandan España é Italia una parte del sobrante de sus brazos, pero sin capital, y manda Inglaterra una parte del sobrante de su capital, pero sin brazos. Y es natural, el sajón resulta superior al latino, como el capital resulta superior al brazo. ¿Porqué, dígame usted, no es acaso la máquina superior á quien la maneja? ¿no es superior la tierra á quien la ara? ¿no es la vaca superior á quien la ordeña?

Esos desdichados que le molestan á usted con ese remotete que tanto le hiere





no ven en usted si no un concurrente al consumo y no un colaborador en la producción; ven que usted toma una parte— ¡y cuán pequeña!—de la mies, no ven que usted contribuyó á sembrarla.

«Lo que debemos hacer—me escribe usted—es poner toda nuestra energía en amontonar aquí mucha plata para luego marcharnos á ésas. No, no es eso. Y además, el que en un país trabaja por hacerse una fortuna enriquece al país tanto ó más que se enriquece él mismo.

Y ocurre, amigo mío, una cosa curiosísima en puro paradógica, y es que las gentes ven que saca dinero de su tierra el que lo hizo trabajando por sí y no ven que lo saca, y en mayor cantidad, el que aporta allá su capital. Ven el dinero que se lleva á su solar nativo el pobre bracero latino que sudó sobre los campos la gota gorda, y no ven el que se lleva poco á poco, y á la sordina, el gordo banquero sajón.

Y esto, amigo, son los pobres. Porque los pobres, con estar siempre teorizando, cuando teorizan, sobre la superioridad del trabajo sobre el capital, en el fondo creen en la superioridad de éste. Todo pobre ve en otro pobre su enemigo, todo bracero ve en otro bracero su competidor, y ve en el capitalista quien puede darle trabajo. De aquí que esos motes denigrantes con que en todas partes—en todas partes, amigo mío,—se molesta á los pobres forasteros, á los braceros inmigrantes, son los pobres, son los braceros indígenas ó nativos—en todas partes, amigo mío, en todas partes— quienes se los echan en cara.

Y ahora viene lo más triste amigo mío. Y lo más triste es que esos mismos pobres emigrantes latinos que fueron ahí en busca de pan más bien que de fortuna, pero á cambio de su trabajo que habrá de valer casi siempre más, muchísimo más que el pan que por él les den, esos pobres braceros que tanto tuvieron á las veces que sufrir del materialismo vuelven por acá, y hacen fortuna, los más de ellos materializados. Y con sombrías pasiones en el fondo del alma.

¡Cosa terrible, amigo mío, eso de amasar una fortuna, si á la postre resulta que el amasarla le costó á uno el alma! Nada menos que el alma.

Usted sabe, mi amigo, que uno de los aforismos favoritos de los que profesan aquella concepción materialista de la historia de que le recordaba, es el de que no son los hombres, sino las cosas quienes gobiernan. Me parece, aunque no lo aseguro, que la frase es del propio Carlos Marx. Y cosas aquí quiere decir dinero, riqueza económica, porque para Marx no había más cosa que el dinero ni más realidad que la riqueza económica material. Y tengo yo un amigo que glosa y comenta eso de que gobiernan no los hombres sino el dinero diciendo que es más fácil hacer con dinero hombres que no con hombres dinero; y hay hombres que no habiéndose dedicado sino á amontonar plata, á hacer dinero, acaban siendo hechura del dinero mismo que hicieron.

Ya sé que todas estas divagatorias y un tanto incoherentes consideraciones le habrán de parecer á usted en el fondo



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



harto melancólicas, si es que no trágicas, pero... ¡qué le hemos de hacer! No es cosa de que me salga de tono y hasta del respeto que debo á mis lectores para poner ante ellos y á la vista de usted al desnudo mi alma henchida de asco y de desdén hacia esos desdichados que le molestan á usted con ese remotete.

Usted se acuerda, sin duda, de aquel celeberrimo encuentro entre Alejandro Magno y Diógenes el Cínico. Difícil sería saber quién de ellos dos desdefiaba más al otro al separarse ambos. Y es, porque todo tiene en este mundo su compensación. Y yo gocé lo indecible, lo que usted no puede imaginarse, con un goce maligno, al ver á cierto soberbio extranjero, que se creía llevar sobre sus hombros la grandeza toda de su patria, á cierto petulante archieuropeo, profundamente menospreciado en un lugarejo perdido en una serranía castellana y objeto de las más acerbas burlas y de los más acerbados donaires, nada más que por extranjero y por no saber hablar bien castellano y por su estrafalaria indumentaria. Llegaron á correrle los bravíos chicuelos por las calles. Y cuando luego, desahogándose, rojo él de ira y yo conteniendo la risa, no se hartaba de llamar salvajes y bárbaros á los buenos lugareños, hube de decirle: «El que entró aquí, señor mío, como un bárbaro, en tono de conquistador, fué usted; si uno va á un país á ver antropófagos, creyendo que los hay y buscando lo pintoresco de la antropofagia, no debe quejarse de que venga uno, que enterado de su deseo, le dé un mordisco y le lleve media oreja».

Acepte usted, amigo mío, el mote ese, hasta con su aditamento mal oliente, que este aditamento es un gran abono. Y no olvide usted que el mundo da muchas vueltas. Y sobre todo y ante todo, defiendase usted del materialismo, del vizardero, del que pesa á los hombres como se pesa una mercancía. Dios le dé á usted fortuna, pero por El, por Dios, sepa usted ser pobre mientras lo sea para saber ser rico cuando llegue á serlo, si es que llega. Y si no llega, por lo menos no habrá vendido el alma.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES